

## **Palabras del Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo Urbano**

El 21 de octubre de 1997 me cupo el honor de contestar en nombre de la corporación al discurso de ingreso de nuestro compañero Francisco Murillo Ferrol. Con este motivo repasé su obra intelectual publicada hasta entonces y hoy me siento impulsado a seguir mi tarea hasta el final, es decir, a examinar y comentar lo que hizo en la Academia desde ese día tan señalado hasta el de su fallecimiento, tan sentido. Lo hago por dos razones principales: porque a pesar de que su tiempo entre nosotros como académico no fue excesivo, nos ofreció ponencias muy dignas de ser tenidas en cuenta y también porque a través de ellas se obtiene un conocimiento bastante perfilado de las preocupaciones intelectuales de sus últimos años de vida.

Hay entre los trabajos que publicó en nuestros *Anales* dos muy personales: la necrología de nuestro llorado compañero Fernando Garrido Falla y el discurso de contestación al de ingreso de Manuel Jiménez de Parga, que interviene en este acto. En el primero, Murillo, con pocas pero certeras pinceladas, nos recuerda su entorno amistoso granadino, su etapa de noviazgo con Carmen, su viuda hoy, y luego la convivencia con su paisano en el Colegio Mayor César Carlos. Allí, con esa gracia especial que poseía para algunas descripciones, nos revive el informal Seminario de Poesía en el que Bousoño enseñaba Vicente Alexandre a Fernando Garrido, que se abría racionalmente a ese mundo artístico y creador para él tan arcano, antes rechazado por «su culpable e incomprensible oscuridad».

El afecto mostrado hacia Jiménez de Parga al contestar a su discurso de ingreso (2002) le hace prodigarse en la descripción del ambiente granadino que les fue común, si bien con unos años en desventaja de Murillo. Habla de los maestros que ambos tuvieron, sobre todo de Enrique Gómez Arboleya y de Luis Sánchez Agesta y, a continuación, nos entrega unas interesantes consideraciones sobre el momento histórico, que tienen como telón de fondo el atentado de las Torres Gemelas y se centran sobre todo en la exagerada velocidad del cambio que es propia de nuestra época. El ordenador, dice, es como «la eficaz y discreta alcahueta de nuestro momento» y ha promovido un cambio fulminante, por lo que Murillo se siente «gente de bisagra, de dos siglos, lo que nos pone algo más que incómodos». No hay, piensa, seguridad de pervivir para la especie humana y, como Keynes decía, el largo plazo no interesa, ya no estaremos aquí.

Sus tres contribuciones principales versaron sobre «Izquierdas y derechas: una década decisiva» (1999), «¿Aldea global o particularismo universal?» (2000) y «Los nuevos rebeldes» (2001). En todos los casos su mirada se detuvo en los trazos más relevantes del mundo en el que vivimos y aportó consideraciones de particular interés, a la vez que nos dejó rastros de su escepticismo, su sabiduría socarrona y su finura intelectual. Están llenos, además, de esas citas que difícilmente se encuentran a mano y que nadie atesora en su totalidad. ¿Cuál era según Bismarck el factor decisivo de la historia moderna? «El hecho de que los norteamericanos hablen inglés», respondió el Canciller.

Curiosamente, Murillo atribuye una gran importancia a la revolución cultural de los años sesenta, que fue según él la más grave crisis posterior al octubre soviético. Tal vez no es hoy esta la opinión generalmente aceptada por los científicos sociales, pero es muy respetable y son ciertos los argumentos que emplea para fundamentarla. Uno de ellos es la decadencia de la autoridad personal, sobre la que tan acertadamente ha escrito Theodore Caplow. Además, desde entonces queda fuera de buena parte del sistema educativo, incluido el superior, el principio de excelencia. En éste como en otros trabajos insiste en la presencia de los yuppies, «híbrido del contestatario cultural de los sesenta con el nuevo y brioso ejecutivo capitalista». El remate de este trabajo enlaza con el tema de su discurso de ingreso sobre la historia. No me resisto a leerlo: «Se dice que los impuestos, el sistema fiscal, ha producido más mentirosos que la caza, la pesca y el golf juntos. Sin embargo, ¿qué es todo ello comparado con la Historia?».

Su trabajo más sustancial de estos años, y también el más extenso, comienza recordándonos que «al menos desde el siglo xvii nada ha ocurrido en nuestro mundo que no anduviera conectado o teñido, directa o indirectamente, con la divi-

sión en naciones y el consiguiente nacionalismo». Los movimientos nacionalistas, nos dice, tratan de ser desmembraciones generalizadas de grandes edificios seculares, como el imperio otomano y el austro-húngaro.

Haciendo uso de la mejor bibliografía, Murillo comenta en este punto las contribuciones de John Röhl, Paul Kennedy y Manfred Straka, entre otros, mostrando la evolución del nacionalismo y su reflejo no solamente en el teatro de operaciones de la historia, sino también en el de la psicología de los pueblos, incluidos la teoría de los caracteres nacionales y los estereotipos, y atribuyéndoles a éstos una gran responsabilidad en un futuro amenazado de discriminaciones, persecuciones y torturas, al igual que buena parte del pasado. Su conclusión es una confesión personal: «Se dirá que detrás de todo lo dicho hasta ahora hay una antropología pesimista, una concesión no progresista de la historia e incluso una visión anémica e ineficaz de las ciencias sociales, incapaces no ya de prever, sino hasta de dar cuenta simplemente de lo que sucede. La acusación sería merecida. Creo las tres cosas y no me parece que los acontecimientos permitan más alegres perspectivas».

El cambio de siglo es para él algo más que retórica, ya que vivimos un período de transición hacia no se sabe dónde caracterizado por la crisis de la nación, que es el concepto que hizo a Europa y por un particularismo conflictivo en auge. Y termina su exposición con el siguiente párrafo: «Un Estado nacional que paga por armarse y por exportar armamento; y porque no se produzca algo, mientras que en África y Asia miles de personas mueren de hambre, sin ganado, es buen indicio de que el planeta no ha conseguido aún el tipo de organización que necesita. Durante unas centurias hemos andado probando los Estados nacionales y los nacionalismos. Parece claro que la solución y sobre todo la paz no van por ahí. ¿Por dónde entonces? Temo que lo único que podamos hacer es preguntárselo a nuestros bisnietos».

Después de ese trabajo de 2000, la siguiente ponencia se ocupa significativamente de «los nuevos rebeldes» y se refiere a las formas de rebelión anticapitalista que llaman la atención actualmente. Los objetivos son la reunión de la Asociación Mundial de Comercio de Seattle, la reunión reglamentaria del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial en Washington D.C. y la siguiente de los mismos organismos en Praga. Luego otras reuniones en Niza, Davos y Porto Alegre. A continuación, Murillo señala algunos rasgos que, según él, perfilarán estos movimientos en el futuro, gracias a los rápidos y eficaces medios personales de comunicación y a la existencia de organizaciones no gubernamentales (ONG), a las que concede mucha importancia, así como al enmascaramiento o la ocultación de quienes lide-

ran o manejan a estos actores y la ideología que los mueve, para terminar con los ecologistas.

La última contribución de Francisco Murillo en la Academia se presentó en 2004 y se titula «El forastero». Se trata de una composición que a ratos tiene una gran brillantez y siempre al interés que acompaña a su enigmático contenido. Nuestro compañero José Luis Pinillos se ocupa de ella hoy y, por esto, me limitaré a señalar cómo, comenzando por el tedio, Murillo reconoce la necesidad de un «arriba» por donde pasa el cordón umbilical que nos une con el mundo en donde estamos. No sabemos por qué estamos en él y no en otro sitio, ni por cuánto tiempo ni por qué. Nos envuelve el infinito y sólo sabemos que tendremos que morir, pero ignoramos qué es la muerte.

En cuanto al poder, todos somos ácratas porque compartimos el pleno extrañamiento frente al poder absoluto y llega un momento en el que todos nos sentimos forasteros de nuestro propio aparato social. En este punto, Murillo se embarca en consideraciones políticas propias de su vocación, de las que cabe señalar que caracteriza al liberalismo como un intento siempre frustrado de institucionalizar la sociedad política. No estamos conformes ni con el poder ni con la oposición. Coincidimos parcialmente al mismo tiempo con los revolucionarios y con los defensores del *statu quo*. Nos corroe la duda sobre a favor de qué estamos y la imposibilidad que sentimos de estar totalmente de acuerdo con los nuestros. El mundo es inestable, y como decía Quevedo, con cuyo conocido soneto romano termina su artículo, «se fue lo que era firme y solamente lo fugitivo permanece y dura».

Siendo conscientes de su culta y rica aportación, nadie de los que conocimos a Murillo se inclinaría a caracterizarlo como un erudito. Sus trabajos publicados se fundamentan en múltiples y excelentes lecturas, pero prefieren la vista aérea a la topografía detallada. Muchas veces, cuando lo veía en esta sala, como Académico asiduo que era, hojeando alguno de los libros, pedidos o no por él, recordaba admirativamente la frase de Sainte Beuve que tanto le cuadraba, a la que él parecía dar cuerpo y con la cual concluyo: *Lire, délice; écrire, suplice*.